



Paula  
Gallego

Nuestros  
días en  
Bravelands

¿Qué tendrá Bravelands que todo el que llega, no quiere marcharse? Izzy no quiere marcharse, William no quiere. Una preciosa historia de superación envuelta en hojas de otoño.

Izzy encontró Bravelands por casualidad y ya no pudo despedirse de sus bosques, sus leyendas y su otoño casi perpetuo. William se enamoró de una sonrisa hace años y ahora, cuando una serie de decisiones terribles lo han empujado a huir de su hogar, ha decidido buscarla incluso si sabe que es posible que ella no lo recuerde.

Cuando por fin se reúne con Izzy, sin embargo, el pánico lo asalta y finge ser él quien la ha olvidado.

Izzy intentará averiguar qué es lo que ha empujado a William a escapar a Bravelands, William deberá decidir cuántos secretos quiere esconder, y ambos tendrán que conocerse de nuevo, esta vez de verdad, mientras dure el otoño.

A mi madre,  
por su apoyo incondicional y su fe en mí.

## **Nota del Editor**

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

### **Ama tu ritmo...**

Ama tu ritmo y ritma tus acciones  
bajo su ley, así como tus versos;  
eres un universo de universos  
y tu alma una fuente de canciones.

La celeste unidad que presupones  
hará brotar en ti mundos diversos,  
y al resonar tus números dispersos  
pitagoriza en tus constelaciones.

Escucha la retórica divina  
del pájaro del aire y la nocturna  
irradiación geométrica adivina;

mata la indiferencia taciturna  
y engarza perla y perla cristalina  
en donde la verdad vuelca su urna.

*Ama tu ritmo*  
*Las ánforas de Epicuro*  
*Prosas profanas, Rubén Darío, 1896....*

### **Rima XIV**

Te vi un punto y, flotando ante mis ojos,  
la imagen de tus ojos se quedó,  
como la mancha oscura orlada en fuego  
que flota y ciega si se mira al sol.

Adondequiera que la vista clavo,  
torno a ver las pupilas llamear;  
mas no te encuentro a ti, que es tu mirada,  
unos ojos, los tuyos, nada más.

De mi alcoba en el ángulo los miro  
desasidos fantásticos lucir;  
cuando duermo los siento que se ciernen,  
de par en par abiertos sobre mí.

Yo sé que hay fuegos fatuos que en la noche  
llevan al caminante a perecer;  
yo me siento arrastrado por tus ojos,  
pero adónde me arrastran, no lo sé.

*Rima XIV*

Gustavo Adolfo Bécquer

# Elizabeth

## Prólogo

La gente que llega a Bravelands suele hacerlo por dos motivos: porque huye de algo o porque lo busca.

En el tiempo que llevo aquí, he aprendido que así es más o menos con todos. Puedes distinguir a la gente que ha nacido a orillas de este lago de los forasteros con una sola mirada. Cuando ves sus ojos, te das cuenta de que algo falta en ellos.

De todas formas, nadie suele quedarse mucho por aquí: unas semanas, unos meses, quizá un par de estaciones... y regresan a sus vidas.

Así se suponía que iba a ser conmigo, pero hace ya tres años que encontré este sitio por casualidad, me enamoré de sus misterios y leyendas y sigo aquí. Eso sí, para todos continúo siendo una forastera.

Ni siquiera yo sé si escapaba o buscaba algo; quizá fue un poco de ambas cosas. Tampoco recuerdo bien cómo decidí venir a este lugar. Creo que acabar aquí es el resultado de un cúmulo de casualidades, pero a una parte soñadora de mí le gusta creer que, quizá, el destino tuvo algo que ver.

Se supone que, a estas alturas, tendría que estar en mi tercer año de Derecho, a unos quinientos kilómetros de aquí, y no en Bravelands, trabajando en esta posada a media jornada y completamente fascinada por los secretos del Lago Áureo.

Pero la vida es caprichosa y ahora soy la mejor empleada que tienen Olle y Martha; la mejor, y la única, todo hay

que decirlo, aunque me gusta pensar que la entrañable pareja me aprecia bastante. También soy la única ayudante que tienen en la fundación que estudia el lago, localizada a solo doscientos metros del Refugio.

Tanto la posada como la fundación son únicas en Bravelands, que no tiene más de mil habitantes y en sus mejores meses los turistas hacen ascender un poco esa cifra.

Es un pueblo antiguo, construido a orillas del Lago Áureo: un gran lago custodiado por altos picos cuyas cumbres siempre están nevadas. No hay casas que tengan más de tres pisos y todas comparten una extraña armonía de colores ocres y pardos.

La posada está casi a un kilómetro del pueblo; es una de las construcciones más cercanas al lago, igual que la fundación. Antes debía de haber más casas pegadas a sus orillas, pero las nuevas normas de construcción han hecho que el núcleo del pueblo crezca algo lejos de aquí, donde las carreteras son más regulares y el terreno, menos farragoso.

Hace un par de semanas que entramos en otoño y los veraneantes habituales que quedan por aquí se marchan junto con los últimos rescoldos de calor. Los buzos científicos, los biólogos e incluso los aficionados que aprovechan los meses más cálidos del año para realizar sus incursiones en el lago también han abandonado estas tierras, y ahora solo la fundación custodia las aguas doradas bajo las montañas.

Los otoños son fríos en Bravelands, muy fríos. Sin embargo, eso no impide que sigan llegando algunos turistas atraídos por la naturaleza salvaje que rodea el pueblo: las calles irregulares, las casitas pintorescas, los árboles altos y esbeltos... y, ahora, los cálidos colores terrosos de la estación. Sin embargo, la atracción principal es el lago, toda la imaginaria que rodea este lugar, las leyendas, los mitos y las historias que se han contado de generación en generación haciendo que el turismo prospere.



A pesar del frío de las mañanas, tengo la sensación de que durante los años que llevo aquí algo en mi interior ha cambiado, reorganizando los horarios de sueño de mi reloj interno y haciendo que despierte siempre al amanecer.

Hoy el cielo sigue teniendo un bonito color azafranado cuando me levanto. Mi habitación da al este, justo al otro lado del lago. Las primeras semanas, Martha se dedicó a enseñarme otros cuartos, pero a mí también me gusta el bosque.

Desde aquí, veo el largo camino empedrado que se pierde entre los árboles de ramas bajas y cobrizas, los helechos oscuros y la fina niebla que se posa sobre la hojarasca cada mañana. El lago prefiero contemplarlo sin cristales de por medio, frente a frente, mientras mis pies cuelgan del embarcadero de la fundación y veo mi reflejo y el de las montañas recortados contra sus aguas doradas.

En cuanto me incorporo y abro la ventana, dejo que el aire otoñal me reciba, revolviéndome el cabello cobrizo. Pucca, mi preciosa rottweiler de tres patas, salta sobre la repisa de la ventana y se agazapa, escudriñando las sombras del bosque.

En realidad, no es mía. Es de Martha y Olle, pero Pucca llegó poco después de mí y la he visto crecer desde que apenas era una bolita de pelo, muerta de miedo, cuando la pareja de abuelitos la encontró abandonada en un contenedor por su condición y la trajo a casa.

Este lugar no es solo un refugio para las personas; tenemos varios perros, unos cuantos patos, un caballo con cataratas, una burrita patizamba, cabras medio locas y un número ingente de gatos.

De verdad, puede que haya un millón de gatos.

Sigo la dirección de la mirada de Pucca y busco aquello a lo que mira con tanta atención mientras mueve la cola. Quizá haya visto alguna ardilla o, tal vez, haya encontrado algún zorro o corzo pequeño.

Durante la noche los animales suelen bajar al lago desde las montañas a beber agua, y no sería la primera vez que nos encontramos cara a cara con uno.

Sin embargo, no es eso a lo que Pucca mira con semejante interés. Descubro que alguien se acerca por el camino cubierto de hojas perennes, en dirección a la posada, con andar rápido y sigiloso.

Desde aquí no lo veo bien, pero parece un hombre. Lleva una gran mochila echada al hombro y ni siquiera repara en el paisaje mientras se acerca.

De pronto, Pucca comienza a ladrar y yo doy un respingo, sobresaltada.

El intruso también la escucha.

Maldita sea. La han escuchado en quince kilómetros a la redonda.

—Pucca, calla —la regaño, acariciando su hocico y tirando de ella para que se aparte de la ventana.

Cuando vuelvo a asomarme, descubro que el recién llegado se ha quedado mirándonos en medio del camino. Esbozo una sonrisa de disculpa, aunque no creo que pueda verla, y alzo la mano para saludarlo.

Él ladea la cabeza, curioso, y me contempla unos instantes más antes de seguir caminando, con la vista fija en el suelo.

Pucca salta, aterrizando sobre sus tres patas, entusiasmada, y da un par de vueltas sobre sí misma antes de marearse y detenerse mientras me mira, expectante.

La acaricio entre sus orejas y me preparo con rapidez; vaqueros ceñidos, jersey holgado y botas negras. Estoy despeinada y, probablemente, tenga pelos de loca, pero si el visitante quiere que alguien lo reciba, tendrá que soportar mis rizos rebeldes.

Para cuando bajo las escaleras, procurando no hacer ruido, y Pucca me sigue con el cuidado de un elefante dentro de una cacharrería, él ya está frente al mostrador.

La perrita me adelanta y pasa junto a mí como una exhalación. Me pongo un poco nerviosa y espero que el cliente no sea demasiado asustadizo, porque he de reconocer que, si un ejemplar como Pucca viniese hacia mí con ese tamaño y esa velocidad, me pensaría dos veces si viene a jugar; aunque en realidad es más mansa que un corderito.

Escucho cómo Pucca patina sobre el suelo de madera, extasiada, y decido bajar más rápido por si acaso.

No queremos que nadie se ponga a gritar desde tan temprano.

Cuando llego al primer piso, descubro que todo está bajo control y me relajo.

El recién llegado ha dejado su equipaje junto al mostrador y ahora está agachado atendiendo a la perrita, que reclama su atención mientras da vueltas sobre el suelo y exige caricias.

Se me escapa una risa cuando la veo y, entonces, él alza sus ojos hacia mí.

Son del color de una tempestad y de una calidez insólita e inesperada. Dos cejas largas y gruesas enmarcan una mirada poderosa y salvaje, y unas tupidas pestañas hacen que resulte un poco más dulce.

Lo que más me llama la atención de sus ojos, sin embargo, es el gran moratón cárdeno que cubre su ojo izquierdo: es oscuro e irregular y un abanico de colores rojizos y violáceos lo adornan.

El joven se pone en pie despacio. Es alto, ancho de hombros y esbelto de cintura. Bajo el cuello de su jersey gris se adivinan las líneas de un tatuaje y lleva el pelo oscuro, ondulado, cubierto por un gorro negro.

Cuando clava sus ojos en mí, no puedo evitar pensar que hay cierto halo emocionante e inhóspito que lo rodea. Los tatuajes, los mechones oscuros que caen sobre su frente, el ojo amoratado y el labio inferior partido..., todo le da un aire problemático muy logrado.

Y es bastante imponente.

Ladea un poco la cabeza, sin dejar de mirarme y, de pronto, caigo en la cuenta de algo.

Lo conozco.

Conozco a este hombre.

Hace años que no lo veo, justo desde que me marché. Ha llovido mucho desde entonces; ahora él debería tener unos... ¿veintitrés?

Está más alto, sus rasgos se han endurecido y tengo la impresión de que no había tatuajes asomando por el cuello de su camiseta la última vez que lo vi. Pero sé que es él. Ese aspecto es difícil de olvidar.

He debido de quedarme mirando más de la cuenta porque, antes de que lo salude como es debido, es él quien habla con voz grave pero melódica.

—¿Os quedan habitaciones?

# William

## 1

### **Te vi un punto y, flotando ante mis ojos, la imagen de tus ojos se quedó**

Conocí a Elizabeth en el instituto.

Yo había repetido y ella había empezado a asistir a clases avanzadas. Nos encontramos ahí, en ese limbo, en ese espacio que decía mucho de ella y, lamentablemente, mucho de mí. Los que no triunfamos siempre tenemos una etiqueta. La mía era bien grande.

Elizabeth era lista, curiosa. No respondía cuando sabía las respuestas, pero siempre preguntaba cuando no las tenía. Quería aprender.

En una época en la que todo era prácticamente gris, encontré colorida su forma de vivir el mundo, de intentar comprenderlo.

Nunca llegamos a hablar en clase. Creo que ella ni siquiera se fijó en mí. ¿Por qué iba a hacerlo? Éramos muchos. Pocos nos conocíamos. Yo me sentaba detrás para no llamar la atención, y ella delante porque le gustaba estar cerca cuando llegaban las explicaciones.

También era preciosa. Tenía el pelo corto y cobrizo, del color del trigo muy tostado, y unos ojos negros enormes y despiertos, enmarcados por dos cejas finas y alargadas.

Pero lo más bonito era su sonrisa.

Sonreía durante todo el tiempo: a los profesores, a los alumnos, incluso a aquellos a los que no conocía. Tenía una sonrisa para todo el mundo y yo envidiaba esa capacidad para desprenderse de algo tan hermoso. Si yo hubiera tenido una sola de aquellas sonrisas, no se la habría entregado a nadie.

Nunca me atreví a hablar con ella, porque nunca creí que mereciera la pena intentarlo. Yo no era la clase de persona con la que salía alguien como Elizabeth. Ella habría quedado mejor junto a alguien igual de amable, dulce y desprendido, alguien inteligente, con mil planes de futuro y un camino brillante y lleno de éxito.

Por eso me costó tanto creérmelo cuando Kev, después de hablarnos durante semanas de su última conquista, decidió presentárnosla y descubrí que no era otra que Elizabeth.

No fue una presentación formal. Kev nunca tenía rollos serios. Iba y venía con diferentes chicas y a veces las conocíamos cuando las traía con nosotros.

Aquel día íbamos a pasar la tarde a un parque natural. Él llegó un poco más tarde, de su mano. Yo estaba distraído jugando a las cartas cuando apareció y al principio no la reconocí. Tuve que mirarla dos veces para comprobar que era ella.

Acostumbrado a verla solo en las clases más difíciles, a veces por los pasillos del instituto, verla allí fuera de su contexto me descolocó; ver que estaba dándole la mano a Kev rompió todos mis esquemas.

Uno a uno, se la presentó a todos los chicos; la presentó como Izzy, ni como una novia, ni como una amiga. Nosotros sabíamos que era una conquista pasajera.

Cuando llegó a mí y Kev pronunció mi nombre, Elizabeth tardó un segundo en responder, solo uno, pero para mí fue suficiente para imaginar que me reconocería, que se acordaría de mí.

No fue así.

Elizabeth me dedicó una sonrisa amable, un poco cohibida, y continuaron las presentaciones.

No sabía quién era.